

Texto 3º

Eduardo Mendoza, La verdad sobre el caso Secolla,
Barcelona, Seix Barral, 2010.

I

FACSIMIL FOTOSTÁTICO DEL ARTÍCULO APARECIDO EN EL
PERIÓDICO LA VOZ DE LA JUSTICIA DE BARCELONA EL DÍA
6 DE OCTUBRE DE 1917, FIRMADO POR DOMINGO PAJARI-
TO DE SOTO

Documento de prueba anexo n.º 1

(Se adjunta traducción inglesa del intérprete jurado
Guzmán Hernández de Fenwick)

El autor del presente artículo y de los que seguirán se ha impuesto la tarea de desvelar en forma concisa y asequible a las mentes sencillas de los trabajadores, aun los más iletrados, aquellos hechos que, por haber sido presentados al conocimiento del público en forma oscura y difusa, tras el *camouflage* de la retórica y la profusión de cifras más propias al entendimiento y comprensión del docto que del lector ávido de verdades claras y no de entresijos aritméticos, permanecen todavía ignorados de las masas trabajadoras que son, no obstante, sus víctimas más principales. Porque sólo cuando las verdades resplandezcan y los más iletrados tengan acceso a ellas, habremos alcanzado en España el lugar que nos corresponde en el concierto de las naciones civilizadas, a cuyo progreso y ponderado nivel nos han elevado las garantías constitucionales, la li-

momentos en que nuestra querida patria emerge de las oscuras tinieblas medioevales y escala las arduas cimas del desarrollo moderno cuando se hacen intolera- bles a las buenas conciencias los métodos oscuran- tistas, abusivos y criminales que sumen a los ciudada- nos en la desesperanza, el pavor y la vergüenza. Por ello no dejaré pasar la ocasión de denunciar con obje- tividad y desapasionamiento, pero con firmeza y ve- rismo, la conducta incalificable y canallesca de cierto sector de nuestra industria; concretamente, de cierta empresa de renombre internacional que, lejos de ser semilla de los tiempos nuevos y colmena donde se for- ja el porvenir en el trabajo, el orden y la justicia, es tierra de cultivo para rufianes y caciques, los cuales, no contentos con explotar a los obreros por los me- dios más inhumanos e insólitos, rebajan su dignidad y los convierten en atemorizados títeres de sus capri- chos tiránicos y feudales. Me refiero, por si alguien no lo ha descubierto aún, a los sucesos recientemente acaecidos en la fábrica Savolta, empresa cuyas activi- dades...

REPRODUCCIÓN DE LAS NOTAS TAQUIGRÁFICAS TOMADAS EN EL CURSO DE LA PRIMERA DECLARACIÓN PRESTADA POR JAVIER MIRANDA LUGARTE, EL 10 DE ENERO DE 1927 ANTE EL JUEZ F. W. DAVIDSON DEL TRIBUNAL DEL ESTADO DE NUEVA YORK POR MEDIACIÓN DEL INTÉRPRE- TE JURADO GUZMÁN HERNÁNDEZ DE FENWICK

(Folios 21 y siguientes del expediente)

JUEZ DAVIDSON. Dígame su nombre y profesión.
MR. MIRANDA. Javier Miranda, agente comercial.
J. D. Nacionalidad.
M. Estadounidense.

- J. D. ¿Desde cuándo es usted ciudadano de los Estados Unidos de América?
M. Desde el 8 de marzo de 1922.
J. D. ¿Cuál era su nacionalidad anterior?
M. Española de origen.
J. D. ¿Cuándo y dónde nació usted?
M. En Valladolid, España, el 9 de mayo de 1891.
J. D. ¿Dónde ejerció usted sus actividades entre 1917 y 1919?
M. En Barcelona, España.
J. D. ¿Debo entender que vivía usted en Valladolid y se trasladaba diariamente a Barcelona, donde traba- jaba?
M. No.
J. D. ¿Por qué no?
M. Valladolid está a más de 700 kilómetros de Barce- lona...
J. D. Aclare usted este punto.
M. ... aproximadamente 400 millas de distancia. Casi dos días de viaje.
J. D. ¿Quiere decir que se trasladó a Barcelona?
M. Sí.
J. D. ¿Por qué?
M. No encontraba trabajo en Valladolid.
J. D. ¿Por qué no encontraba trabajo? ¿Acaso nadie le quería contratar?
M. No. Había escasez de demanda en general.
J. D. ¿Y en Barcelona?
M. Las oportunidades eran mayores.
J. D. ¿Qué clase de oportunidades?
M. Sueldos más elevados y mayor facilidad de pro- moción.
J. D. ¿Tenía trabajo cuando fue a Barcelona?
M. No.
J. D. Entonces, ¿cómo dice que había más oportuni- dades?

M. Era sabido por todos.

J. D. Explíquese.

M. Barcelona era una ciudad de amplio desarrollo industrial y comercial. A diario llegaban personas de otros puntos en busca de trabajo. Al igual que sucede con Nueva York.

J. D. ¿Qué pasa con Nueva York?

M. A nadie le sorprende que alguien se traslade a Nueva York desde Vermont, por ejemplo, en busca de trabajo.

J. D. ¿Por qué desde Vermont?

M. Lo he dicho a título de ejemplo.

J. D. ¿Debo asumir que la situación es similar en Vermont y en Valladolid?

M. No lo sé. No conozco Vermont. Tal vez el ejemplo esté mal puesto.

J. D. ¿Por qué lo ha mencionado?

M. Es el primer nombre que me ha venido a la cabeza. Tal vez lo leí en un periódico esta misma mañana...

J. D. ¿En un periódico?

M. ... inadvertidamente.

J. D. Sigo sin ver la relación.

M. Ya he dicho que sin duda el ejemplo está mal puesto.

J. D. ¿Desea que el nombre de Vermont no figure en su declaración?

M. No, no. Me es indiferente.

—Pensábamos que no vendrías —dijo la señora de Savolta estrechando la mano del recién llegado y besando en ambas mejillas a la esposa de éste.

—Son manías de Neus —respondió el señor Claude— señalando a su mujer—. En realidad, hace una hora que podríamos haber llegado, pero insistió en de-

morarnos para no ser los primeros. No le parece de buen tono, ¿eh?

—Pues, la verdad —dijo la señora de Savolta—, ya empezábamos a pensar que no vendrías.

—Al menos —dijo la señora de Claudedeu—, no habéis empezado a cenar.

—¿Empezado? —exclamó la señora de Savolta—. Hemos terminado hace un buen rato. Os quedaréis en ayunas.

—¡Menuda bromal! —rió el señor Claudedeu—. De haberlo sabido, habríamos traído unos bocadillos.

—¡Unos bocadillos! —chilló la señora de Savolta—. Qué idea, Madre de Dios.

—Nicolás tiene ideas de bombero —sentenció la señora de Claudedeu bajando la vista.

—Oye, no será verdad eso de que habéis cenado, ¿eh? —inquirió el señor Claudedeu.

—Sí, es verdad, claro que sí, ¿qué os pensabais? Tenemos hambre y como que creímos que no vendrías...

—dijo la señora de Savolta fingiendo una gran consternación, pero la risa le traicionó y acabó la última frase con un sofoco.

—No, si a fin de cuentas aún seremos los primeros en llegar —añadió la señora de Claudedeu.

—No tengas miedo, Neus —la tranquilizó la señora de Savolta—. Por lo menos hay doscientos invitados. Ni se cabe, créeme. ¿No oyes el escándalo que arman?

Efectivamente, a través de la puerta que comunicaba el vestíbulo con el salón principal se oían voces y música de violines. El vestíbulo, por el contrario, estaba desierto, silencioso y en penumbra. Sólo un criado de librea montaba guardia junto a la puerta que daba acceso a la casa desde el jardín, serio, rígido e inexpresivo como si no advirtiese la presencia de las tres personas que charlaban junto a él, sino la de un jefe invisible y volador. Recorría con la mirada los artesonados

fondo del vagón semidesierto para cobijarme de las corrientes de aire que me atravesaban el cuerpo. El clima debía de ser riguroso en el exterior porque me veía obligado a desempañar con la mano la ventanilla por el vaho que se condensaba y que, unido al hollín, formaba una cortina pantanosa y mugrienta. Trataba sin éxito de poner orden a mis ideas. Los suburbios que atravesábamos, y que yo desconocía, me deprimieron hondamente. Junto a la vía, y hasta donde alcanzaba la vista, se apiñaban las barracas sin luz, en una tierra grisácea, polvorienta y carente de vegetación. Circulaban por entre las barracas hileras de inmigrantes, venidos a Barcelona de todos los puntos del país. No habían logrado entrar en la ciudad: trabajaban en el cinturón fabril y moraban en las landas, en las antesalas de la prosperidad que los atrajo. Embrutecidos y hambrientos esperaban y callaban, uncidos a la ciudad, como la hiedra al muro. Eso recuerdo del viaje y que, al llegar a mi destino, un andén gélido barrido por el viento, alquilé un simón desvencijado que me condujo a la fábrica Savolta. Que chapoteando en lodazales pesilentes, por avenidas oscuras, el triste carruaje de ultratumba inventaba su camino con paso inalterablemente lento. Que el aire enrarecido por emanaciones viciosas me corroía la garganta. No sé lo que llegué a pensar ni cuánto tiempo transcurrió. Sólo sé que llegamos a un edificio enorme, parecido a un circo metálico, que se marchó el coche y que di un rodeo buscando la entrada. Vi el automóvil rojo de Lepprince junto a la puerta, me metí: era un pasadizo iluminado por quinqués. Me salió al encuentro un vigilante nocturno al que dije quién era y lo que buscaba. Me hizo atravesar una nave silenciosa en la que había diseminados unos cucuruchos de lona que supuse que ocultaban las máquinas. Al traspasar otra puertecilla noté bajo mis pies el grosor de una alfombra. El vigilante se despidió

y desapareció. Yo avancé por el pasillo alfombrado hasta otra puerta más grande, de madera. Empujé la puerta y me cegó la claridad. Estaba en una sala iluminada, de cuyas paredes colgaban cuadros. En el centro había una mesa larga, mucho más larga que la mesa de juntas donde trabajábamos la Doloretas y yo, y en torno a la mesa se sentaban unas treinta personas, la mitad de las cuales parecían obreros y la otra mitad directivos. Entre los directivos reconocí a Lepprince, y entre los obreros, a Pajarito de Soto. La reunión concluía cuando llegué; los ánimos estaban excitados. Un hombre grueso, que ocupaba el asiento contiguo a la presidencia, golpeaba la mesa con la mano produciendo un sonido seco, como si la mano fuese de hierro. Así supe de quién se trataba. El que presidía debía ser Savolta. Todos chillaban y se interrumpían y sobre todas las voces destacaba la de Pajarito de Soto, insultando, acusando, profiriendo amenazas contra los directivos y contra la sociedad. Comprendí lo que ya sabía, lo que había comprendido cuando Teresa me dijo dónde estaba su marido: que todo había sido un fraude, que Lepprince había estado jugando con Pajarito de Soto por motivos ignorados y que éste, en el último momento, se había dado cuenta de la superchería y había reaccionado con uno de sus violentos arranques que tanto asustaban a Teresa. Y comprendí que de haber estado yo allí desde el principio aquello no habría sucedido y que mi traición había sido completa e irreversible. No entendí nada de lo que discutieron. Creo más bien que había quedado atrás la fase de la discusión cuando yo llegué. Reinaba el desconcierto hasta que un obrero rogó a Pajarito de Soto que se callase y que no hiciese aún más comprometida su situación, que «bastante lata les había dado ya», y que les dejase arreglar por sí solos sus problemas. Patronos y obreros abuchearon a Pajarito de Soto, que abandonó la sala. Sólo Lepprince mante-

—Me dijeron que... había que apa... rentar importancia... Yo me resistía, yo..., que sólo en la vida había, que fracasado, y defraudado... a la pobre Lluïsa... Pero lo hice... Aparenté sin... resultado; fue una... cómica presenta... ción, una grotesca... Obligué a los clientes a... esperar horas en... la antesala, como si es... estuviese muy ocupado... Se iban sin esperar ni unos... minutos... No sé..., no sé por qué no catan... en el señuelo de la importancia. Otros... lo practicaban con éxito... Probé otros trucos con... idéntico resultado..., ya sin objeto... desde que la pobre Lluïsa... se me fue. Lo hacía para... demostrar que su confianza..., que su confianza estaba justificada y que..., de haber vivido, yo le... habría dado cuanto... ella merecía. Pero la vida..., la vida es un tiowivo, que da vueltas... y vueltas hasta marear y luego..., y luego... te apea en el mismo sitio en que... has subido... Yo no en todos estos años...

Aún dio varias chupadas al puro antes de hablar, y cuando lo hizo adoptó un tono reiterativo y didáctico. Gesticulaba poco, subrayando con el dedo índice alguna frase o algún dato importante o el final de un párrafo particularmente trágico. Pero denotaba un profundo conocimiento de la materia y una retentiva más que regular para fechas, nombres y estadísticas, el comisario Vázquez.

—En la segunda mitad del siglo pasado —dijo—, las ideas anarquistas que pululaban por Europa penetraron en España. Y prendieron como el fuego en la hojarasca; ya veremos por qué. Dos focos principales de contaminación son de mencionar: el campo andaluz y Barcelona. En el campo andaluz, las ideas fueron transmitidas de forma primitiva: seudosantonos, más locos que cuerdos, recorrían la región, de cortijo en pueblo y de pueblo en cortijo, predicando las nefastas

ideas. Los ignorantes campesinos les albergaban y les daban comida y vestido. Muchos quedaron embobados por la cháchara de aquellos mercachifles de falsa sanidad. Era eso: una nueva religión. O, por mejor decir, y ya que somos gente instruida, una nueva superstición. En Barcelona, por el contrario, la prédica tomó un cariz político y abiertamente subversivo desde los inicios.

—Todo eso lo sabemos ya, comisario —interrumpió Leprince.

—Es posible —dijo el comisario Vázquez—, pero para mi explicación conviene que partamos de una base común y clara de conocimiento.

Tosió, posó el cigarro en el borde del cenicero y se concentró de nuevo entornando los ojos.

—Ahora bien —prosiguió—, se impone establecer una distinción fundamental. A saber, que en Cataluña se da una clara mezcla que no debe inducirnos a error. Por una parte, tenemos al anarquista teórico, al fanático incluso, que obra por móviles subversivos de motivación evidente y que podríamos llamar autóctono. —Nos miró a través de los párpados entrecerrados, como preguntándonos y preguntándose si habíamos asimilado su contribución terminológica—. Son los famosos Paulino Pallás, Santiago Salvador, Ramón Sem-pau, Francisco Ferrer Guardia, entre otros, y actualmente, Ángel Pestaña, Salvador Seguí, Andrés Nin..., hasta el número que quieran imaginar.

«Luego están los otros, la masa..., ¿comprenden lo que quiero decir? La masa. La componen mayormente los inmigrantes de otras regiones, recién llegados. Ya saben cómo viene ahora esa gente: un buen día tiran sus aperos de labranza, se cuelgan del tope de un tren y se plantan en Barcelona. Vienen sin dinero, sin trabajo apalabrado, y no conocen a nadie. Son presa fácil de cualquier embaucador. A los pocos días se mueren

MIRANDA. No resulta fácil explicar las cosas que suceden en la vida.

J. D. Le ruego que haga un esfuerzo.

M. Pajarito de Soto me inspiraba sentimientos de afecto y Lepprince... no sé cómo decirlo...

J. D. ¿Admiración?

M. No sé..., no sé.

J. D. ¿Envidia, quizá?

M. Yo lo llamaría... fascinación.

J. D. ¿Le fascinaba la riqueza de Lepprince?

M. No sólo eso.

J. D. ¿Su posición social?

M. Sí, también...

J. D. ¿Su elegancia? ¿Sus maneras educadas?

M. Su personalidad en general. Su cultura, su gusto, su lenguaje, su conversación.

J. D. Sin embargo, lo ha pintado usted en anteriores sesiones como un hombre frívolo, ambicioso, insensible a cuanto no fuera la marcha de su negocio, y egocéntrico en alto grado.

M. Eso creí al principio.

J. D. ¿Cuándo rectificó su juicio?

M. Esa noche, a lo largo de la conversación.

J. D. ¿Qué temas trataron?

M. Temas varios.

J. D. Trate de recordar. Especifíquelos.

¿Habrá quien quiera escucharme con otros oídos que no sean los de la fría razón? Ya sé, ya sé. Por dignidad debí despreciar los halagos de quienes provocaron directa o indirectamente la muerte de Pajarito de Soto. Pero yo no podía pagar el precio de la dignidad. Cuando se vive en una ciudad desbordada y hostil; cuando no se tienen amigos ni medios para obtenerlos; cuando se es pobre y se vive atemorizado e inseguro, hartos

de hablar con la propia sombra; cuando se come y se cena en cinco minutos y en silencio, haciendo bolitas con la miga del pan y se abandona el restaurante apenas se ha ingerido el último bocado; cuando se desea que transcurra de una vez el domingo y vuelvan las jornadas de trabajo y las caras conocidas; cuando se sonrío a los cobradores y se les entretiene unos segundos con un improvisado comentario intrascendente y fútil; en estos casos, uno se vende por un plato de lentejas adobado con media hora de conversación. Los catalanes tienen espíritu de clan, Barcelona es una comunidad cerrada, Lepprince y yo éramos extranjeros, en mayor o menor grado, y ambos jóvenes. Además, con él me sentía protegido: por su inteligencia, por su experiencia, por su dinero y su situación privilegiada. No hubo entre nosotros lo que pudiera llamarse camaradería. Yo tardé años en apear el tratamiento y cuando pasé a tutearle, lo hice por orden suya y porque los acontecimientos así lo requerían, como se verá. Tampoco nuestras charlas derivaron en apasionadas polémicas, como había sucedido con Pajarito de Soto a poco de conocernos: esas acaloradas discusiones que ahora, en el recuerdo, acrecientan su importancia y se convierten en el símbolo nostálgico de mi vida en Barcelona. Con Lepprince la conversación era pausada e intimista, un intercambio sedante y no una pugna constructiva. Lepprince escuchaba y entendía y yo apreciaba esa cualidad por encima de todo. No es fácil dar con alguien que sepa escuchar y entender. El mismo Serramadriles, que habría podido ser mi compañero idóneo, era demasiado simple, demasiado vago: un buen compañero de farras, pero un pésimo conversador. En cierta ocasión, comentando el problema obrero, le oí decir:

—Los obreros sólo saben hacer huelgas y poner pe-tardos, ¡y todavía pretenden que se les dé la razón!

A partir de aquel momento ya no volví a manifestar mis opiniones en su presencia. En cambio Leppince, a pesar de ocupar una posición menos comprometida que la de Serramadriles, era más reflexivo en sus juicios. Una vez, divagando sobre el mismo tema, me dijo:

—La huelga es un atentado contra el trabajo, función primordial del hombre sobre la tierra; y un perjuicio a la sociedad. Sin embargo, muchos la consideran un medio de lucha por el progreso.

Y añadió:

—¿Qué extraños elementos interfirieron en la relación del hombre con las cosas?

Por supuesto, no simpatizaba con los movimientos proletarios, ni con ninguna de las teorías obreristas subversivas, pero tenía, respecto a la actitud revolucionaria, una visión más amplia y comprensiva que los de su clase.

—En este mundo moderno que nos ha tocado vivir, donde los actos humanos se han vuelto multitudinarios, como el trabajo, el arte, la vivienda e incluso la guerra, y donde cada individuo es una pieza de un gigantesco mecanismo cuyo sentido y funcionamiento desconocemos, ¿qué razón se puede buscar a las normas de comportamiento?

Era individualista ciento por ciento y admitía que los demás también lo fuesen y buscasen la obtención, por todos los medios a su alcance, del máximo provecho. No hacía concesiones a quien se interponía en su camino, pero no despreciaba al enemigo ni veía en él la materialización del mal, ni invocaba derechos sagrados o principios inamovibles para justificar sus acciones. Respecto a Pajarito de Soto, reconoció haber tergiversado el memorándum. Lo afirmó con la mayor naturalidad.

—¿Por qué le contrató, si pensaba engañarle luego? —pregunté.

—Es algo que sucede con frecuencia. Yo no tenía la intención de engañar a Pajarito de Soto *a priori*. Nadie paga un trabajo para falsificarlo e irritar a su autor. Pensé que tal vez nos sería útil. Luego vi que no lo era y lo cambié. Una vez pagado, el memorándum era mío y podía darle la utilidad que juzgase más conveniente, ¿no? Así ha sido siempre. Tu amigo se creía un artista y no era más que un asalariado. Con todo, te confesaré que siento cierta simpatía por estos personajes novelescos, no muy listos, pero llenos de impulsos. A veces los envidio: sacan más jugo a la vida.

Y respecto a la muerte de mi amigo:

—Yo no fui, por supuesto. Ni creo que la idea partiese de Savolta ni de Claudedeu. Savolta está viejo para estas cosas, no quiere complicaciones y casi no interviene en los asuntos... ejecutivos. Es un figurón. En cuanto a Claudedeu, a pesar de su leyenda, es un buen hombre, algo rudo en su modo de hacer y de pensar, pero no carece de sentido práctico. La muerte de Pajarito no nos reportaba ningún beneficio y nos está acarreando, en cambio, un sínfin de molestias. Eso, sin contar con el mal ambiente que nos ha granjeado entre los obreros. Por otra parte, de haber querido perjudicarlo, nos habría bastado con querellarnos judicialmente por las injurias contenidas en sus artículos. Él no habría podido costearse un abogado y habría dado con sus huesos en la cárcel.

Un día que chismorreábamos, se me ocurrió preguntarte:

—¿Cómo perdió Claudedeu la mano que le falta? Leppince se echó a reír.

—Estaba en el Liceo el día que Santiago Salvador arrojó las bombas. La metralla le arrancó la mano de cuajo como si hubiera sido un muñeco de barro. Comprenderás que no aprecie a los anarquistas. Pídele que te lo cuente. Lo hará encantado. Vamos, lo hará aun-

que no se lo pidas. Te dirá que su mujer no ha querido volver a pisar el Liceo desde aquella trágica noche y que eso le compensa la pérdida de la mano. Que habría dado el brazo entero por no soportar más óperas.

Sobre la situación política española tenía también ideas claras:

—Este país no tiene remedio, aunque me esté mal el decirlo en mi calidad de extranjero. Existen dos grandes partidos, en el sentido clásico del término, que son el conservador y el liberal, ambos monárquicos y que se turnan con amañada regularidad en el poder. Ninguno de ellos demuestra poseer un programa definido, sino más bien unas características generales vagas. Y aun esas cuatro vaguedades que forman su esqueleto ideológico varían al compás de los acontecimientos y por motivos de oportunidad. Yo diría que se limitan a aportar soluciones concretas a problemas planteados, problemas que, una vez en el gobierno, sofocan sin resolverlos. Al cabo de unos años o unos meses el viejo problema revienta los remiendos, provoca una crisis y el partido a la sazón relegado sustituye al que le sustituyó. Y por la misma causa. No sé de un solo gobierno que haya resuelto un problema serio: siempre caen, pero no les preocupa porque sus sucesores también caerán.

»En cuanto a los políticos, desaparecidos Cánovas del Castillo y Sagasta, nadie ha ocupado su puesto. De los conservadores, Maura es el único que posee inteligencia y carisma personal para disciplinar a su partido y arrastrar a la opinión pública tras él, al menos, sentimentalmente. Pero su orgullo le desborda y su tozudez le ciega. Con el tiempo crea disensiones internas y enfurece al pueblo. En cuanto a Dato, el hombre de recambio del partido, carece de la necesaria energía y le cuadra el apodo que le aplican los mauristas despechados: «el Hombre de la Vaselina».

»Los liberales no tienen a nadie. Canalejas se quemó en salvas que decepcionaron a todos hasta que un anarquista le voló los sesos ante el escaparate de una librería. Los liberales, en suma, se sostienen sobre la sola baza del anticlericalismo, recurso que surte un efecto popular, facilon, inútil y breve. Los conservadores, por el contrario, aparentan ser beatones y capilleros. Así ambos halagan los bajos instintos del pueblo: éstos, la blandura sensiblera católica; aquéllos, el libejinaje anarquizante.

»Dentro de los partidos, la disciplina es inexistente. Los miembros se pelean entre sí, se zancadillean y tratan de desprestigiar a los unos a los otros en una carrera disparatada por el poder que perjudica a todos y no beneficia a nadie.

»Estos dos partidos, sin base popular y sin el apoyo de la clase media moderada, están condenados al fracaso y conducirán al país a la ruina.

A Leppince le conté mi vida solitaria, mis proyectos y mis ilusiones.

Hice señas a Pajarito de Soto y nos retiramos a un rincón de la librería.

—¿Quién es?—pregunté por lo bajo.

—El *mestre* Roca, un maestro de escuela. Da clases de Geografía, Historia y Francés. Vive solo y dedica su existencia a la programación de la Idea. Cuando termina su jornada en la escuela viene a este local y habla del anarquismo y los anarquistas. A las nueve en punto se retira, prepara él mismo su cena y se acuesta.

—¡Qué vida más triste!—dije sin poder evitar un estremecimiento.

—Es un apóstol. Hay muchos como él. Acérquemonos.

El *mestre* Roca fue uno de los pocos anarquistas a

los que llegué a ver antes de la irrupción violenta del 19. El anarquismo era una cosa, y los anarquistas, otra muy distinta. Vivíamos inmersos en aquél, pero no teníamos contactos con éstos. Por aquel entonces, y así siguió siendo durante algunos años, tenía yo una visión bien pintoresca de los anarquistas: hombres barbados, cejijuntos y graves, ataviados con faja, blusón y gorta, hechos a la espera callada tras una barricada de muebles destartados, tras los barrotes de una celda de Montjuïc, en los rincones oscuros de las calles tortuosas, en los tugurios, en espera de que llegase su momento para bien o para mal y el ala cartilaginosa de un murciélago gigantesco y frío rozase la ciudad. Hombreres que aguardaban agazapados, estallaban en furia y eran ejecutados al amanecer.

FICHA POLICIAL DE ANDRÉS NIN PÉREZ, REVOLUCIONARIO ESPAÑOL DE QUIEN SE SOSPECHA PUEDA TENER RELACIÓN DIRECTA O INDIRECTA CON EL CASO OBJETO DEL PRESENTE EXPEDIENTE

Documento de prueba anexo n.º 3i

*(Se adjunta traducción al inglés del intérprete jurado
Guzmán Hernández de Fenwick)*

En la parte superior de la ficha, en los ángulos izquierdo y derecho respectivamente, figuran sendas fotografías del individuo fichado. Las dos fotografías son casi idénticas. En ambas el fichado aparece de frente. La foto de la izquierda lo muestra con la cabeza descubierta. La de la derecha, tocado con un sombrero de ala ancha. La corbata y la camisa son idénticas y la expresión y el sombreado tan iguales que hacen pensar que se trata de la misma fotografía, siendo el sombre-

ro un hábil retoque de laboratorio. Un examen más detallado permite apreciar que en la segunda fotografía (la de la derecha) el fichado lleva gabán, difícil de distinguir de la chaqueta que lleva en la primera fotografía (la de la izquierda) porque tanto el color como las solapas (única parte visible de ambas prendas) son muy parecidos. Posiblemente se trate de dos fotografías hechas el mismo día en el mismo lugar (con seguridad un centro policial). En tal caso, habrían hecho ponerse al fichado sus prendas de abrigo (sombrero y gabán) para facilitar su identificación en la calle. El fichado es un hombre joven, flaco, de rostro alargado, mandíbula angulosa, mentón prominentemente, nariz aguilena, ojos oscuros entornados (probablemente miope), pelo negro y lacio. Lleva gafas ovaladas, sin aro, de varillas flexibles.

(Datos suministrados por el Departamento de Análisis Fotográfico de la Oficina de Investigación Federal de Washington, D. C.)

La ficha adjunta dice:

ANDRÉS NIN PÉREZ

PROPAGANDISTA PELIGROSO

MAESTRO DE ESCUELA

Nació en Tarragona en 1890

Perteneció a las Juventudes Socialistas de Barcelona, las que dejó (*sic*) para ingresar en el Sindicalismo, siendo con Antonio AMADOR OBÓN y otros, los organizadores del Sindicato Único de Profesiones Liberales.

Asistió como delegado al 2.º Congreso Sindicalista celebrado en Madrid en diciembre de 1919.

Fue detenido el día 12 de enero de 1920 en el Centro Republicano Catalán de la calle del Peu de la Creu, en reunión clandestina de delegados del Comité Ejecu-

mino la propuesta. Nemesio Cabra Gómez se interpuso.
—Dejadle hablar—dijo con voz suplicante no exenta de cierta dignidad—. Es un hombre honrado y de gran cultura. PodrÍais aprender mucho de él.

—¡Que se calle y no nos amargue la noche!

—¡Sí, que se vaya!

—¡No! No me iré—prosiguió el enardecido beodo—. Antes tengo que decir os un par de cosas. Este individuo—señaló a Nemesio—afirma que vuestra conducta licenciosa es la causa de la pobreza que os corroe y hace enfermar a vuestras mujeres y a vuestros hijos. Yo os digo que eso no es verdad. Todos vosotros padecéis la miseria, el hambre, el analfabetismo y el dolor por culpa de Ellos—señaló, siempre con el dedo extendido hacia un hipotético grupo situado más allá de los muros del local—. De Ellos, que os oprimen, os explotan, os traicionan y, si es preciso, os matan. Yo sé de casos que os pondrían los pelos de punta. Sé nombres de personas ilustres que tienen las manos rojas de sangre de los trabajadores. ¡Ah! No las veréis, porque las cubren blancos guantes de cabritilla. ¡Guantes traídos de París y pagados con vuestro dinero! Creéis que os pagan por el trabajo que realizáis en sus fábricas, pero es mentira. Os pagan para que no os muráis de hambre y podáis seguir trabajando, de sol a sol, hasta reventar. Pero el dinero, la ganancia, ¡no!, eso no os lo dan. Eso se lo quedan Ellos. Y se compran mansiones, automóviles, joyas, pieles y mujeres. ¿Con su dinero? ¡Qué val! Con el vuestro! Y vosotros, ¿qué hacéis? Mirad, miraos los unos a los otros y decidme, ¿qué hacéis?
—¿Qué haces tú?—preguntó alguien. Ya nadie se reía. Todos escuchaban con fingida indiferencia, con incómodo sarcasmo. El nerviosismo se había apoderado de la concurrencia.
—Olvidaos de mí. Soy una ruina. Quise luchar a mi modo y fracasé. ¿Sabéis por qué? Os lo voy a decir: por

confiar en las bonitas palabras y en los falsos amigos. Por abrigar la esperanza de ablandar sus sucios corazones con razonamientos. ¡Vana ilusión! Quise abrir sus ojos a la verdad y fue locura, vaya si lo fue. Ellos los tienen abiertos desde que nacen: todo lo ven, todo lo saben. Yo era el ciego, el ignorante..., pero ya no lo soy. Por eso hablo así. Y ahora, amigos, oíd mi consejo. Oíd mi consejo porque no lo digo yo, sino la amarga experiencia. Es éste: no ahoguéis en vino vuestros padecimientos—su voz se hizo súbitamente firme, encendida—, ¡ahogadlos en sangre! Anegad los estériles surcos de vuestros campos abandonados con la sangre de Ellos. Bañad la mugre de vuestros hijos en la sangre de Ellos. Que no quede una cabeza sobre sus hombros. No les dejéis hablar, porque os convencerán. No les dejéis esbozar un gesto, porque os cubrirán de dinero, comprarán vuestra voluntad. No les miréis, porque queréis imitar sus maneras elegantes y os romperán. No sintáis piedad, pues Ellos no la sienten. Saben cómo sufrís, cómo mueren vuestros hijos de inanición y falta de asistencia médica, pero se ríen, se ríen en sus lujosos salones, al amor de la lumbre, bebiendo el vino de vuestras cepas, comiendo el pollo de vuestras granjas, adobado con el aceite de vuestros campos. Y se abrigan con vuestras ropas y se refugian en vuestras casas y ven llover sobre vuestras barracas. Y os desprecian, porque no sabéis hablar como Ellos, ni vais al teatro, ni al Liceo, ni sabéis comer con cubetería de plata. ¡Matad, sí, matad! ¡Que no quede ni uno con vida! ¡Matad a sus mujeres y a sus hijos! Acabad..., acabad con Ellos... para siempre...

Calló el beodo y se dejó caer extenuado sobre la mesa, rompiendo el denso silencio que había seguido a sus palabras con un sollozo desgarrador. La concurrencia estaba petrificada y parecía buscar el anonimato, la invisibilidad, en el mutismo y la quietud.

té, de todos modos, un bocadillo de salchichón y un trago de vino, y decliné la segunda parte de la invitación con el pretexto, real, por otra parte, de que me hallaba en el límite de mis fuerzas.

—No lo tomen ustedes a mal, se lo ruego —añadí—, pero debo aclararles que acabo de sufrir la pérdida de un ser querido.

Todas me compadecieron y la llamada Democracia se aventuró a decir que tal vez entre todas podrían procurarme un cierto solaz. Ante mi firmeza en la negativa, no insistió y me dejaron en paz.

El camión, mientras tanto, viajaba sin tregua entre campos baldíos y breñas rojizas. La noche se nos echó encima y las que jugaban a las cartas recogieron su bajoraja y se pusieron a cantar. La mayor y la más joven (que no tendría más de quince años, según deduje) me pusieron al corriente de sus actividades. No saqué las ideas muy claras de su explicación, pero entendí que se habían puesto en camino apenas iniciada la huelga general con el propósito de predicar el amor libre de palabra y de obra. Llevaban recorrida buena parte de la región y habían conseguido un número grande de prosélitos. Me dieron una hoja torpemente impresa en la que se veía una mujer desnuda imitando la pose de una estatua griega. Al dorso se leía:

«El hombre pobre y trabajador se halla oprimido por el que es rico y no trabaja; pero a este hombre le queda aún el recurso, bien triste por cierto, de vengarse de la opresión que sufre, oprimiendo a su vez a la hembra que le tocó en suerte; a esta hembra no le queda ya ningún medio de desahogo, y tiene que resignarse a padecer el hambre, el frío y la miseria que origina la explotación burguesa y, como si esto fuera poco, a sufrir la dominación bestial, inconsiderada y ofensiva del macho. Y éstas son las más felices, las privilegiadas, las hijas mimadas de la Naturaleza, porque existe

un treinta o un cuarenta por ciento de esas mujeres que son mucho más infelices aún, puesto que nuestra organización social, hasta les prohíbe el derecho a tener sexo, a ser tales hembras, o, lo que es lo mismo, a demostrar que lo son.

«¡OH, LA MUJER! He ahí la verdadera víctima de las infamias sociales; he ahí el verdadero objeto de la misión de los apóstoles generosos.»

—Es un hermoso y noble texto de uno de los maestros del anarquismo —me dijo la dulce Estrella mirándome a los ojos con los suyos, profundos y claros.

—Queremos demostrar a los hombres con nuestra conducta que somos capaces y dignas de comprensión, iguales en la libertad —declamó la llamada Democracia. Yo no sabía a qué carta quedarme. Al principio las tomé por vulgares prostitutas que habían decidido adaptar la profesión al espíritu de los tiempos. Más adelante pude comprobar que no cobraban por ejercer su apostolado, si bien aceptaban comida, vino, tabaco y algún obsequio de poco valor (un pañuelo, unas medias, un ramillete de flores silvestres, un retrato de Bakunin). A lo largo del viaje las fui catalogando sucesivamente como locas, farsantes, chifladas y santas, a su manera.

Los seis días que duró el recorrido hasta Barcelona tuvieron un cariz que me atreveré a calificar de bucólico. Viajábamos de día y por las noches dormíamos en los establos de las masías, cuyos habitantes nos acogían con hospitalidad fraternal. Nos cobijábamos entre las pajas y nos abrigábamos con mantas que nos prestaban y tratábamos de dormir, cosa que no siempre resultaba fácil, pues los mozos de labranza, sabedores de la moral de las huéspedes, acudían con ruidosa frecuencia al dormitorio común. Una vez fui despertado por unas manos trémulas y recibí en el rostro la siguiente salutación:

—*Collons, si és un home!*

Con todo, las misioneras del amor libre se mostraban infatigables. Por la mañana, después de desayunar una espléndida ración de jamón u otro embutido, leche recién ordeñada y pan tierno, nos poníamos en ruta. Normalmente, conducía yo, como pago por sus atenciones, pues compartía su comida y alojamiento sin participar, como es lógico, de sus actividades. Si sorprendíamos algún grupo de huelguistas portando enseñas anarquistas, me ordenaban tascar el freno y las ocupantes del camión se apeaban, platicaban, distribuían el texto sobre la mujer proletaria y desaparecían entre los arbustos, dejándome solo o en compañía de los más ancianos. Así trabé muchas amistades y recibí una buena dosis de adoctrinamiento filosófico. Contra lo que sospeché en un principio, el proselitismo logrado entre los hombres (tanto solteros como casados) era sincero y las siete propagadoras del dogma del amor libre fueron siempre tratadas con sumo respeto y deferencia.

De esta guisa llegamos a Barcelona. La impresión que me produjo fue dramática. Lo que en el campo era liberación y alegría, en la ciudad era violencia y miedo. El corte de fluido eléctrico había sumido al conglomerado urbano en un laberinto tenebroso donde todavía vosía estaba encubierta y todo rencor podía saldarse impunemente. Si de día, con la luz, las calles eran el reino de predicaciones de la igualdad y la fraternidad, por las noches se convertían en el dominio indiscutido por las noches se convertían en el dominio indiscutido de hampones, mangantes y atropelladores. El cierre de los comercios y la carencia de avituallamiento proveniente de las zonas rurales habían provocado la escasez de los productos más necesarios y los canallas imponían sus leyes abusivas en un mercado negro donde la compra de un pan revestía los trágicos caracteres de una degradación.

A la vista de aquel pandemonium, aconsejé a las predicadoras del amor libre que renunciasen a ejercer su ministerio y regresasen al campo.

—Nuestro lugar está con el pueblo —dijeron.

—Esto no es el pueblo —repliqué—, es la chusma, y no sabéis de lo que es capaz este atajo de bestias.

Tras una discusión estrepitosa, logré que aceptasen pasar la noche en mi casa. No obstante, al llegar al portal y advertir el aire señorial del inmueble, se cerraron a la banda y se negaron a hospedarse en una casa burguesa. Les rogué (aun sabiendo al comadreo a que me exponía) que al menos me permitieran hacerme cargo de la menor, Estrella, pero no hubo forma humana de convencerlas. Me dejaron plantado en la acera y se adentraron en la negrura de las avenidas sin luz con su camión, sus pancartas y sus sueños. Nunca más supe de ellas.

Pasé dos días encerrado en casa, comiendo de lo que tuvieron a bien darme los vecinos. Al fin, el tercer día de mi llegada, y decimonoveno después de mi marcha, volvió la luz y la ciudad recobró la normalidad. De las paredes colgaban aún pasquines que las primeras aguas del otoño en ciernes se cuidaron de desleír. En los suelos se arremolinaban las octavillas fustigadas por el viento, mezcladas con las hojas pardas de los plátanos que se desnudaban y dejaban ver un cielo encapotado que amasaba truenos y chaparrones. Los coches de punto circulaban brillantes como el charol bajo la lluvia; las farolas de gas se reflejaban en el empedrado, las ventanas se cubrían de gruesas cortinas, humeaban las chimeneas, los viandantes aceleraban el paso retardado y cansino del verano, embozados en sus capas. Volvían los niños taciturnos al colegio. Maura era jefe de gobierno, y Cambó, ministro de Hacienda.